

---

## PROCESOS DE REETNIZACIÓN

---

### **PUEBLOS ORIGINARIOS: CONQUISTA, DISGREGACIÓN Y PROCESOS DE REETNIZACIÓN**

Cuando los conquistadores españoles llegaron al actual territorio argentino existían alrededor de una treintena de grupos étnicos. Muchos de ellos lograron sobrevivir al impacto, y sus descendientes llegaron hasta nuestros días manteniendo en buena medida sus culturas: son las comunidades indígenas que en un número aproximado a los dos mil asentamientos se distribuyen en toda la geografía del país; otro gran porcentaje de ellos viven también en los centros urbanos, participando de una tendencia continental que nos dice que cerca de la mitad de la población indígena americana vive en las grandes ciudades. En total, se calcula que cerca del millón y medio a dos millones de personas conforman la población indígena de la Argentina (ver **PUEBLOS Y DEMOGRAFIA**).

La conquista y colonización en el siglo XVI aniquiló a muchos de los pueblos originarios por la vía de la guerra, las epidemias o la disolución identitaria del mestizaje: fue el caso de los omaguacas, diaguitas, lule-vilelas, abipones, caingang, chaná-timbú, sanavirones, querandíes, yámanas. Y ya hacia fines del siglo XIX la autodenominada “conquista del desierto” acabó con la existencia comunitaria de muchos de los grupos étnicos de la región pampeana como los ranqueles o *rankülche* y buena parte de mapuches-tehuelches, además de los charrúas del actual Uruguay y la provincia de Entre Ríos (estos últimos ya habían pasado por sus propios procesos de desintegración a manos de los nacientes Estados nacionales) .

Cuando hablamos de “existencia comunitaria” nos referimos a que estos grupos perdieron no solo a la mayor parte de sus miembros sino a sus tierras y territorios, su estructura social, y gran parte de su cosmovisión, tradiciones y lenguas originarias, lo que hizo muy difícil cuando no imposible su reproducción como grupo.

Este genocidio fue también lo que sucedió con otras etnias como los huarpes, los comechingones, los *selk'nam*, los tonocotés y los charrúas todos los cuales eran considerados hasta hace muy poco tiempo como pueblos y culturas extinguidas.

Sin embargo, una serie de hechos producidos en las dos últimas décadas, como los propios procesos de reidentificación indígena, las nuevas investigaciones académicas y de especialistas, un marco continental favorable y una legislación internacional y local auspiciosa para la causa de los aborígenes, han echado luz acerca de los actuales procesos de reetnización o reencuentro comunitario.

Más allá de algunos cuestionamientos puntuales realizados desde ciertos sectores, estamos en presencia de situaciones y procesos muy novedosos, que requieren una flexibilización y apertura a los que no estamos acostumbrados. Así como al interior de las sociedades urbanas un sinnúmero de cambios se suceden en forma constante, en las profundidades del mundo indígena también se operan importantes transformaciones y así como etnias enteras han desaparecido, se está constando que muchas otras comienzan a reaparecer, después de décadas de ocultamiento o “invisibilización”.

Es fundamental seguir de cerca la evolución de estos acontecimientos, protagonizados muchas veces por personas de ascendencia indígena que están entregadas a un complejo proceso de reencuentro comunitario y recuperación de la memoria de pueblos originarios que han sido destruidos y que llevan consigo el peso de historias personales extremadamente difíciles.

Muchas de estas personas son sobrevivientes de culturas cuasi extinguidas y en este sentido, la dimensión humana de esta situación no debemos perderla de vista como para poder también realizar una justa apreciación de estos procesos. El camino de dolor que han transitado estos pueblos, realza la actitud y la decisión de estos descendientes que hoy intentan exorcizar aquel pasado desde una actitud reparatoria que incluye reconstruir sus comunidades de origen, recuperar sus identidades ancestrales, volver a ser ellos mismos, ser “renacientes”.

El actual resurgimiento de grupos étnicos como los ranqueles o *rankülche*, charrúas, huarpes, tonocotés, comechingones, *selk’nam* (onas) y *günün a kùna* (tehuelches del norte), modifica el mapa de los pueblos indígenas a que estábamos acostumbrados hasta hace pocos años atrás, constituyendo un fenómeno creciente y en vías de consolidación.

Es más, una de las razones por las cuales en los últimos años se registra un aumento notable en la demografía indígena americana es también por este proceso de emergencias étnicas, acompañado por una toma de conciencia de los involucrados respecto a su pertenencia a alguno de los pueblos originarios. En lo que respecta a Argentina, un sólo dato refrenda esta situación: cuando se implementó el Censo Nacional de Población en el 2001, la pregunta que se formuló comprendía a 18 pueblos originarios. Actualmente ya suman más de 30. Por eso y en atención a una dinámica humana constante y compleja, el mapa que hoy podemos presentar, es de actualización permanente.

### **ALGUNOS ANTECEDENTES: RANQUELES, CHARRÚAS Y HUARPES**

Tal vez el caso más claro de todos los que aquí estamos exponiendo es el del pueblo ranquel o *ranküllche*, con asentamientos originarios en el norte de la actual provincia de la Pampa, sur de San Luis y Córdoba. Si bien las comunidades fueron arrolladas y dispersadas luego de la “conquista del desierto”, los sobrevivientes fueron reagrupados en la estancia La Blanca (este de La Pampa). Posteriormente,

por la llamada Ley del Hogar (1889), buena parte de ellos fueron trasladados hasta los medanales de la Colonia Emilio Mitre y lugares aledaños como Lote 21, Árbol Solo y Los Puelches, en el “Oeste pampeano”, una región de características muy inhóspitas.

Sin embargo allí resistieron, defendiéndose de los intentos de hacerlos desaparecer por decreto, algo así como una “invisibilización forzada”, como aquel II Censo Nacional de Población (1895), en el cual la gran mayoría fueron empadronados como “*argentinos*”.

Otro factor importante en este proceso de dilución de la etnia ranquel fue que años después de “la conquista del desierto”, y tal como sucedió en otras regiones del país, los territorios indígenas ancestrales fueron repoblados por contingentes de otros grupos aborígenes que provenían de sus propias experiencias de desarraigo postconquista. La nueva realidad llevó a los sobrevivientes ranqueles a correr el riesgo de perder su identidad, ya que el contacto e intercambio obligado con el “blanco” los hizo “conformar una nueva identidad centrada en la supervivencia y donde en la trama compleja del sistema de ideas, creencias, valores y acciones se mezclan y recrean elementos ranqueles y criollos” (Poduje, Fernández Garay y Crochetti, 1993: 14)

Actualmente, los ranqueles se dedican a la cría de cabras, ovejas, caballos y vacas. Algunos grupos familiares se trasladan hasta Mendoza en la temporada de cosecha de la uva. Las mujeres mantienen viva la tradición del arte textil, elaborando piezas de gran calidad, especialmente ponchos, matras, peleros y fajas, mientras que los hombres trabajan el cuero y la madera. Se mantienen todavía vigentes algunas tradiciones ancestrales como las tabaquerías confeccionadas con cogote de ñandú, completándose este arte con la elaboración de pequeñas bolsas y carteras.

Obligados por las difíciles condiciones de vida muchos ranqueles han emigrado a centros urbanos. Pero allí la vida no es fácil, por lo que algunos dirigentes promueven que sus hermanos “regresen a la tierra”, para que al menos puedan estar en el campo y reunidos. Y para enfrentar los intentos de desalojo que se están dando en el Oeste pampeano en contra de muchos pobladores originarios.

Como antecedente vinculado con la recuperación identitaria de los ranqueles, podemos mencionar la restitución de los restos del cacique *Panghitruz Guor* o *Gnerr* (Zorro cazador de leones) que estaban depositados desde fines de la “conquista del desierto” como una “pieza” más del acervo del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Entre el Museo, el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI), el Gobierno de La Pampa y las comunidades ranqueles, se logró la restitución en 2001, trasladando los restos a Leuvucó, su lugar natal. Allí se hizo una gran ceremonia, se ubicó al cacique en un monumento construido por los propios indígenas y hoy el lugar es objeto de veneración y celebraciones comunitarias.

Contemporáneamente con esta restitución, se inició el proceso de otorgamiento de personerías jurídicas a varias comunidades por parte del INAI: entre

1999 y fines del 2011, se registraron un total de siete comunidades en la provincia de La Pampa.

Respecto a los charrúas, hasta hace muy poco tiempo atrás no se tenía cabal información acerca de sus procesos de reetnización. Pero hoy sabemos de una importante reconstrucción de sus comunidades.

Hacia el siglo XVI, los charrúas o *chrroa* ocupaban la actual provincia de Entre Ríos, el sur de Rio Grande do Sul y el territorio uruguayo. Iban y venían por los que Danilo Antón llamó el *Pirí Guazú*, "la gran tolдерía", que no sabía de los actuales límites de países o provincias. Intercambiaban entre los distintos grupos y también con los guaraníes, las etnias del Chaco y probablemente con los querandíes, que por entonces ocupaban un espacio cultural de transición entre los tehuelches del norte (*günün ä küna*) y los guaraníes del litoral.

Cultura de cazadores y recolectores, compartieron muchas costumbres con los tehuelches. En tiempos más recientes incorporaron actividades de agricultura, que realizaban en un sólo gran plantío.

La *Guidaí* o la Luna era la Gran Abuela, a quien presentaban a los niños recién nacidos para que pudieran crecer sanos y el *Berá* o nandú era el animal sagrado, cuya pata vive hoy en la Cruz del Sur, como en el mito tehuelche y mapuche.

En tiempos de Artigas colaboraron junto a los guaraníes en los ejércitos del patriota uruguayo, quien había convivido por un largo tiempo entre ellos y quien tenía siempre junto a él a unos veinticinco indígenas de ese origen a quienes llamaban "los indios bravos".

La matanza de Salsipuedes en 1831 a manos de Fructuoso Rivera, ocasionó una de las primeras grandes disgregaciones comunitarias, virtualmente terminando con el pueblo charrúa a quienes los "tapó de silencio". Es probable que sobrevivientes de esa sangrienta emboscada hayan migrado hacia el actual Entre Ríos adonde se reunieron con los charrúas de allí y aún más allá, hacia el interior de las comunidades mocovíes y tobas del Chaco.

La dispersión final del pueblo charrúa sucedió en Tacuarembó, hacia 1878, con el objetivo cumplido de que el Uruguay fuera "un país sin indios" (Pi Hugarte, 2003: 5)

Mientras tanto los charrúas de Entre Ríos, lograron sostenerse hasta la década de 1870 en el interior de los montes con arboles y plantas que eran al mismo tiempo medicina, alimento y farmacia. Por aquel entonces comenzaron los loteos y a fin de "limpiar" los terrenos, lo que conllevó las últimas matanzas. Los sobrevivientes vivieron ocultando su identidad por casi cien años, hasta que lentamente comenzó la tarea del reconocimiento de su origen.

Reivindican desde hace unos treinta años su identidad, como continuadores de los pobladores originales que tuvieron asiento principal en el departamento de Villaguay y en la cuenca del río Gualeguay. Se consideran hermanos de los antiguos moradores del Uruguay y el sur de Rio Grande do Sul.

Se dice que aún sobrevive el espíritu ecuestre de este pueblo, en el que hombre y caballo conformaban una sola unidad luego de que el futuro jinete lo amansaba “desde abajo”, a la usanza india, manejándolo con la voz y las rodillas. Es probable que la tradición continúe en algunos ancianos que saben amansar de esa manera, respetando al animal, sin hacerlo sufrir, del mismo modo que lo hicieron los hermanos de las pampas.

En cuanto a la situación legal de estos grupos indígenas, ellos han sido reconocidos por la ONPIA (Organización de Naciones y Pueblos Indígenas en Argentina) y por la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER), que no solo destaca su recuperación, sino que recomienda al Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) que se les otorgue la personería jurídica por familias (legajo 50090 del 3/6/03). También los avala la legislatura entrerriana, quien en noviembre de 2005 promulgó la ley 9653 que adhiere a la Ley Nacional 23302.

Los últimos Censos Nacionales incluyeron al pueblo charrúa y el de 2010 arrojó como resultados un total de casi 15.000 personas de ese origen.

En la actualidad, el pueblo charrúa de Uruguay también está en proceso de reconstrucción: existen varias organizaciones que están intentando revitalizar la memoria cultural y comunitaria, destacándose el Consejo de la Nación Charrúa (CO.NA.CHA) que reúne a varias comunidades.

Respecto a los huarpes, su territorio originario fue rápidamente conquistado y colonizado por los españoles asentados en el actual Chile, a partir de la llegada de Francisco de Villagra en 1551. Tradicionalmente se consideró que esta rápida conquista se debió a la natural “docilidad” o forma de vida pacífica de los huarpes. Sin embargo, algunas investigaciones recientes no comparten esta posición desmitificando el presunto carácter pasivo de la población aborígen local.

Si hay coincidencia en que hacia el 1560 comienza un traslado masivo de huarpes al otro lado de la Cordillera, para servir como mano de obra en las ciudades de Santiago y La Serena. Estos traslados provocaron que en menos de cien años se despoblaron los valles centrales de Cuyo, en donde se concentraban los huarpes.

Muchos aborígenes se resistieron a los traslados y huyeron a zonas en las que se sintieron seguros. Una de ellas fue el complejo lagunero de Guanacache en el cual los huarpes ofrecieron resistencia cultural, llegando hasta nuestros días.

El proceso de reetnización de los huarpes es reciente. Hacia mediados de la década del noventa estaba todavía en auge la celebración de la Pachamama de

acuerdo al ritual andino y por la presencia de algunos pobladores *kolla* que vivían en Mendoza. Algunos descendientes fueron tomando más ingerencia hasta que en 1997 realizaron por primera vez la celebración de la *Pekne Tao* (Madre Tierra en dialecto *huarpe milcayac*) en el área fundacional de la ciudad, un sitio emblemático.

El Estado nacional, a través del Instituto Nacional de Asuntos Indígenas ha legitimado la presencia de estos grupos indígenas, otorgando entre 1997 y 2011 un total de 17 personerías jurídicas a otras tantas comunidades: 12 de Mendoza; 4 de San Juan y 1 de San Luis

Guaytamari ostenta la distinción de ser la primera comunidad huarpe organizada y en ser reconocida con Personería Jurídica 696 (Re.Na.C.I-INAI en la Provincia de Mendoza). Es una comunidad de puertas abiertas con desarrollo del Turismo Indígena (ellos lo denominan “turismo con identidad”) y adonde los visitantes recorren la exposición y venta de alfarería, tejidos, diseños y arte; muestra arqueológica: biblioteca; venta de productos elaborados por agricultores de la comunidad y la región. También se puede asistir a las charlas sobre cosmovisión, filosofía de los pueblos originarios y sus organizaciones.

Otras comunidades están en el desierto de Lavalle al norte de la provincia de Mendoza, como la de Laguna del Rosario. Asentadas en una inmensa zona de medanales, a la vera de un gigantesco hoyo natural donde en algún momento estuvieron las lagunas de Guanacache, un delicado y prolijo conjunto de viviendas de adobe y caña (“quincha”) constituyen el hábitat de unos mil huarpes. Viven con dignidad en un territorio hostil, al que se han adaptado a través de los años. La comunidad atesora en su museo local, una de las últimas embarcaciones de totora que navegaron las aguas de las lagunas. La imagen retrotrae a otro tiempo y espacio, al lago Titicaca y al pueblo *uro* que hoy resiste en medio de sus antiguas islas de totoras. Así, estos pobladores son los custodios de un pasado no muy lejano que fue patrimonio de un grupo indígena muy peculiar: los “huarpes laguneros”.

Una Asamblea realizada en 2011 creó la Organización Territorial Huarpe Martina Chapanay, integrada por las comunidades Eye Curuk, Xumec, Francisco Talquenca, Laguna del Rosario, Pinkanta (Mendoza, San Juan y San Luis) y Guaytamari. Se plantearon allí distintas áreas de trabajo como CPI, Salud, Educación, Agricultura Familiar, Derechos Humanos, y diversos temas vinculados con la realidad política a nivel nacional, con el fin de que cada una de las comunidades “participe activamente en la reafirmación de la identidad huarpe”.

### **OTROS CASOS RECIENTES: TONOCOTÉS, COMECHINGONES Y SELK’NAM**

Tempranamente dominados por los conquistadores, los pobladores originarios de la actual provincia de Santiago del Estero, los tonocotés, parecieron diluirse definitivamente en las masas mestizas de la región, perdiéndose para siempre la memoria de su cultura. Al menos es lo que creíamos hasta hace muy poco tiempo.

Como en otros puntos del país, también allí es muy fuerte la tendencia histórica a la invisibilización o negación de los indígenas lo que contribuyó a pensar en la temprana desaparición de los grupos étnicos originarios. Sin embargo, muchas de las expresiones que hoy subsisten y que son tomadas como folclore o expresiones criollas, parecen tener reminiscencias de las aquellas culturas.

La presencia de descendientes tonocotés reconocidos oficialmente al menos desde 1998 por el INAI, refuerza la idea de un proceso de reetnización en marcha.

Según las propias fuentes de este pueblo un gran número de comunidades se asumen como tonocotés, tonokotes o *suritas*, pertenecientes al grupo lingüístico amazónico arawak y posteriormente quichuizados por la presencia incaica. Todas tienen su personería jurídica inscrita en el Registro Nacional de Personerías Jurídicas del INAI: según las últimas informaciones, su número asciende a una treintena de comunidades.

Mientras tanto, en las Sierras Centrales está ocurriendo desde hace unos años un proceso también muy particular. Como en otras regiones del país, los habitantes originales de la región –los comechingones– se creían extinguidos, como consecuencia de los duros enfrentamientos en la guerra de resistencia al conquistador, el posterior proceso de sometimiento y la dilución final del mestizaje.

Sin embargo, en los últimos tiempos han comenzado a aparecer algunos descendientes que, de la mano del rescate de una genealogía asentada en apellidos que provendrían directamente de los dialectos originales *henia* y *camiare* –como el caso de los Tulián en el valle de Punilla con centro en San Marcos Sierras– y también en otros lugares de Traslasierra, intentan la recuperación de la memoria y una reconstrucción comunitaria que todavía aparece como lejana, y al parecer mezclada con elementos indígenas provenientes de otras regiones: como en el caso de los tonocotés es posible pensar en la presencia de elementos andinos actuales que seguramente responden a la historia regional prehispánica, cuando el Tawantinsuyu había llegado hasta estas zonas y dejado su impronta cultural.

También como en el caso de los huarpes, muchos pobladores aún no se reconocen como originarios, en un proceso de autoinvisibilización que todavía perdura, más allá de la muy importante cifra de personas que se han definido como comechingones en el último Censo Nacional de 2010 (34.546, además de 2.871 que se reconocieron como sanavirones), lo cual es una auspiciosa novedad y que demostraría el cambio de tendencia de la negación a la autoafirmación. En el tiempo por venir se verá que sucederá con estas reetnizaciones. Por lo pronto algunas de las organizaciones indígenas han presentado ante el INAI la solicitud de personería jurídica para un grupo de comunidades, lo que ha tenido resolución favorable entre abril de 2009 y fines de 2011 periodo en el que se les otorgó la personería a 5 comunidades de Córdoba. Este es el camino de reconocimiento por la vía oficial. Y como en los otros casos, este proceso seguramente será acompañado por el reconocimiento de los otros

pueblos indígenas y por el aporte de investigaciones que recuperando parte de la memoria de este pueblo originario contribuyan a la consolidación de su reetnización.

Finalmente, otro caso emblemático es la aparición de descendientes de ona o *selk'nam* en Tierra del Fuego. Son también pobladores mestizos, en condiciones de rescatar una genealogía étnica y reagruparse para restablecer los límites que permitan señalar las fronteras o los límites del grupo. Tal es el caso de la comunidad Rafaela Ishton que reivindica la antigua reserva *selk'nam* en la cabecera del Lago Fagnano y que también fuera reconocida por ley provincial.

Estos *selk'nam* fueron reconocidos por los otros pueblos indígenas, por sus organizaciones y ONGs así como invitados a participar de eventos políticos colectivos tales como el Proceso de Participación de los Pueblos Indígenas (PPI), del mismo modo que ha sucedido con el reciente proceso de reetnización de la comunidad yagan Paiakoala.

Una situación parecida se da tanto en las grandes ciudades: es el caso de miles y miles de originarios que desde hace décadas viven en ellas, alejados aparentemente de sus raíces. Sin embargo esto no es así. Un ejemplo paradigmático es la historia reciente de los descendientes del *lonko* Vicente Catrunao Pincén que desde hace un largo tiempo se encuentran embarcados en una reconstrucción comunitaria que por sus muy peculiares características, creemos que no registra antecedentes.

## **EL LOF GÜNÜN A KÜNA MAPUCHE VICENTE CATRUNAO PINCÉN**

Vicente Catrunao Pincén o Vicente Catrinau y Piseñ fue uno de los caciques más importantes de las pampas, con actuación destacada entre 1870 y 1878, cuando el climax del poder indígena comenzaba a declinar, en las vísperas de la autodenominada “conquista del desierto” (ver **CACIQUES**).

Gran líder, heredero de la fuerte tradición de cazadores de los tehuelches del norte (*günün a küna*) a la que sumó la cultura mapuche de gran presencia e influencia en aquel entonces en la región, ocupó con sus tolderías una amplia zona fronteriza que se extendía por el oeste de la actual provincia de Buenos Aires con epicentro en Sierra de la Ventana y Trenque Lauquen, hasta el este de La Pampa, en los parajes de Potrillo Oscuro, Toay y Malal Có. Luchó hasta el final por “sus campos” junto a los ranqueles y los salineros de Calfucurá y Namuncurá, pero siempre manteniendo una autonomía que fue proverbial durante toda su actuación.

Pincén fue algo más que un guerrero: fue un “hombre de conocimiento”, un líder espiritual que detentaba la jerarquía de “dueño del decir” -*gñempin*- “señor de la palabra”. Es muy factible que su verdadero nombre haya sido Vicente Catrunao y el agregado de Pincén haya hecho referencia a su cargo y a su rol, el de “dueño del decir” o *gñempin*.



Tomado prisionero por el Ejército Nacional en 1878, fue confinado en la isla Martín García, por entonces un inmenso campo de concentración de detenidos indígenas, caciques y guerreros. Tenía 70 años y no solo había perdido su libertad y sus tierras, sino a su comunidad, a la que tanto había defendido. Los miembros se dispersaron por distintas zonas del país y nunca más volvieron a reagruparse.

Liberado en 1883, fue a vivir a un campo de Junín. Pero falsos rumores de que estaba preparando nuevas rebeliones provocaron una segunda detención y otro traslado a Martín García. Y ahí se pierde el rastro del cacique...algunos relatos dan cuenta de que se fugó en una yegua blanca que lo llevó hasta las costas del Uruguay atravesando las aguas bajas que en ese lugar tiene el Río de la Plata; otros dicen que lo vieron por Trenque Lauquen despidiéndose de algunos parientes que habían quedado allí. Nunca más se supo de él. Sólo algunas vagas referencias que lo ubican hacia 1896, en algún lugar de la provincia de Buenos Aires

Hace unos veinte años, Luis Eduardo Pincén, tataranieta del cacique, comenzó un proceso de profundización de la asunción de su identidad originaria, lo que implicó el reconocerse parte de un linaje legendario al mismo tiempo de informar, transmitir e intercambiar entre los distintos grupos de descendientes, los conocimientos acerca de la historia comunitaria. Se promovió así entre esos familiares una paulatina toma de conciencia tendiente a su recuperación como miembros de una comunidad (lof) .

Con el transcurrir de los años, fue tomando forma la idea de reconstruir esa comunidad. Y cuando sus miembros decidieron conformarse nuevamente como tal, hubo largos debates acerca desde qué lugar se iba a abordar esta reconstrucción. Primó entonces la decisión de encarar un camino novedoso, centrado en la cosmovisión y la espiritualidad. Y más puntualmente en la reinstalación de la ceremonia originaria –el *Nguillatún*– en el territorio pampeano, donde hace más de un siglo que no se realiza. Para llegar a esta decisión se tuvieron en cuenta algunos factores:

- la presencia de la energía denominada *kempeu*, que conecta a las personas con sus ancestros, permitiendo la continuidad de las tradiciones a partir de lograr la completud del espíritu familiar o linaje e impidiendo que este muera.

- la participación desde el año 2000 de los miembros del lof Pincén en la ceremonia del *Nguillatún*, en sendas comunidades mapuches del Neuquén donde se pone en práctica entre otros rituales, precisamente la conexión y revitalización con el *kempeu*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> El *Nguillatún*, *Kamaruco* o Rogativa es la ceremonia por excelencia del pueblo mapuche, presentando también elementos de la cultura tehuelche. Es antiquísima y desde hace unos quince a veinte años se ha reinstalado con renovadas fuerzas en muchas comunidades de la Patagonia argentina, donde en muchas de ellas había dejado de realizarse. Se celebra una vez al año, siempre en las mismas fechas, con una duración de tres días. Cada comunidad hace su propia ceremonia, invitando a otras a participar. Se estima que actualmente se lleva a cabo en no menos de cuarenta de ellas en Neuquén, Río Negro y Chubut. En algunas el número de asistentes puede llegar a las cuatrocientas y hasta quinientas personas.

-la pérdida de los territorios ancestrales fue también un factor que primó en esta decisión, ya que al no contar con ellos, se consideró como imprescindible generar también allí una reconexión. La comunidad Pincén cree que esto será posible precisamente a través de la reinstalación de la ceremonia, que no sólo reequilibrará a las personas sino a la tierra, a los animales y las plantas del lugar, y a toda la biodiversidad circundante, restituyendo el *newén* (la energía) a los territorios originarios.

Esta es otra gran particularidad de este proceso de reetnización: el estar sustentado en una territorialidad no fija, más bien móvil, reactualizando el espíritu nómade originario de los cazadores *günün ä küna*. Esto no implica que en un futuro se puedan reivindicar parte de las tierras y/o territorios ancestrales pero en este momento ello no constituye la prioridad<sup>2</sup>.

Por otro lado, este proyecto no se agota en la población indígena: la presencia de la comunidad Pincén contribuirá, en las zonas en que se asiente, a difundir un modelo de vida más armónico en lo sociocultural (respetuoso de las tradiciones, del lugar y de todos los seres vivos), en lo económico (aplicación de tecnologías apropiadas para el adecuado cuidado del ecosistema) y en lo espiritual (los valores, lo trascendente, la conexión con la totalidad) que probablemente tendrá incidencia también en los pobladores no indígenas.

El lof Vicente Catrunao Pincén procura respetar así una base étnica necesaria, pero al mismo tiempo y siguiendo la tradición histórica, propone una apertura que permite la incorporación de miembros de muy distintos orígenes: la comunidad está hoy integrada por personas de origen *günün ä küna-mapuche* descendientes directos del cacique; personas de ascendencia *günün ä küna-mapuche* no necesariamente descendientes del cacique; personas con otras ascendencias étnicas originarias (*qolla, mapuche, ranküllche*) que encuentran en el proyecto un marco de referencia comunitario; personas de origen no indígena que acompañan desde hace mucho tiempo este proceso y que han encontrado en él un camino personal<sup>3</sup>.

---

Fuentes:

---

<sup>2</sup> Con el núcleo familiar principal en San Miguel (conurbano bonaerense) el lof tiene integrantes en Olavarria, Bordenave y Tandil (pcia Buenos Aires); Capital Federal; Gral Pico y Santa Rosa (La Pampa), La Paz (Córdoba) y Neuquén.

<sup>3</sup> Desde el punto de vista del reconocimiento oficial, el lof se encuentra en gestiones avanzadas con el INAI para la obtención de la Personería Jurídica (Expte.5059; 3/1/2014). En cuanto al reconocimiento por parte de sus propios hermanos, la comunidad Pincén fue designada como “Octava comunidad e integrante espiritual dentro del Consejo Zonal Picunche” (Acta Nro 044, CZP, Chorriza, Depto Loncopué, Pcia de Neuquén, 13 de Mayo 2015)

- MARTÍNEZ SARASOLA, CARLOS. 2012 Pueblos Originarios, Procesos de Reetnización y Reconstrucciones Comunitarias: El caso de la comunidad gүнүн ä күна-mapuche Vicente Catrunao Pincén en las pampas argentinas En: *Diversidad Intercultural*. Revista de los Docentes e Investigadores de la Maestría y el Instituto en la Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Año 3, Nro 4, Junio 2012. (Pags 57-81)
- MARTINEZ SARASOLA, Carlos. 2010. **De manera sagrada y en celebración**. Identidad, cosmovisión y espiritualidad en los pueblos indígenas. Buenos Aires, Biblos

---

## OTROS SITIOS DE INTERES

Comunidad Guaytamari (huarpe, Uspallata, Mendoza)  
<http://www.argentinaturismo.com.ar/huarpeguaytamari/>

Lof Vicente Catrunao Pincén  
[www.lofvcatrunaopincen.com](http://www.lofvcatrunaopincen.com)

## BIBLIOGRAFIA

- ESCOLAR, Diego. 2007. **Los dones étnicos de la Nación**. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina. Buenos Aires, Prometeo
- GARCIA, Alejandro. 2004. **Tras las huellas de la identidad huarpe**. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo
- JOFRE, Ivana Carina (coordinación) 2014. **Memorias del Utero**. Conversaciones con Amta Warpe Paz Argentina Quiroga. Comunidad warpe del territorio del Cuyum. San Juan, Colectivo Cayana
- PI HUGARTE, Renzo. 2003. **Los indios del Uruguay**. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo
- PIZARRO, Cynthia Alejandra. 2006. **Ahora ya somos civilizados**. La invisibilidad de la identidad indígena en un área rural del Valle de Catamarca. Córdoba, Editorial de la Universidad Católica de Córdoba
- PODUJE, M.I; A.M. FERNÁNDEZ GARAY y S. CROCHETTI. 1993. **Narrativa ranquel: los cuentos del zorro**. Santa Rosa, Gobierno de la provincia de La Pampa